



Carlos Cano.



Elisa Serna.

blo también excesivamente fastidiado, como el más humilde castellano, víctima primera de la centralización administrativa de un estado. "Ya sale el sol/entre luces violeta/ya sale el sol:/dará a las cosechas/otro tirón. Fecunda tierra/como pagas con frutos/fecunda tierra/el sudor del que te ara/y de semillas te siembra"... se encuentran probablemente entre los versos más logrados y entrañables de la obra de Elisa Serna, que no se ha distinguido precisamente por la perfección y homogeneidad de sus textos. Aquí hay amor por la tierra y el hombre y una notable adecuación entre tema y forma, entre intenciones, posibilidades expresivas y maneras de llevarlas a cabo... Pregones, cancioncillas tiernas de amor y recuerdos instrumentales se alternan en esta sobresaliente reaparición de la autora de "Quejío" que, cuando vuelve a lo arábigo-andaluz des-

ciende, no obstante, en su caso, a lo voluntarista y únicamente mítico. ■ ALVARO FEITO.

## ARTE

A la coruñesa Elena Gago le gustan los interiores en soledad. Ya le he visto por lo menos un par de exposiciones así. Son interiores burgueses, decorados por buenos muebles, tal vez provincianos, un poquito pasados de moda. Parece estar todo situado en el boulevard Saint-Germain y que por allí anduviese brujuleando la duquesa de Guermantes, o tal vez Swan, susurrando algún reproche al oído de Odette... Me gusta ver el mundo de Elena Gago... Un mundo donde las personas ya han desaparecido... ¿por qué? Camilo José Cela, maestro de noveladores, en la breve introducción al catálogo de la pintora, se permite el lujo de crear la historia de una soledad más bien dramática. Sí, ahí estuvo, pero... se marchó para siempre. Las ventanas aún están entreabiertas, los muebles aún están limpios, el piano, también abierto, guarda aún el runrún del último paso por sus teclas.

Esa chica coruñesa no tiene necesidad de recurrir al expresionismo para hacer expresivo a

su mundo. Le basta recurrir al mundo de ayer, al de anteaayer, para que la comprendamos.

### Elena Gago

Ahí está el camino de Proust. Salones; cristalerías levemente esmeriladas, detrás de las cuales se adivina una vida más poblada y que dejan pasar discretamente a la luz..., esa luz de Elena Gago que, a lo mejor, se esconde tras un mueble macizo y deja que a su lado se manifieste una corriente luminosa con ciertas acentuaciones cromáticas...

María Elena Gago es, evidentemente, una paisajista del interior..., de los interiores de su mundo: nada de montañas, ni de árboles, ni de mares tempestuosos. Lo único tempestuoso de ella pueden ser las historias que sus interiores sugieren, como la que le sugirieron a Camilo, antes de escribir su introducción.

A mí, particularmente, lo que más me sugiere de esa coruñesa simpática es la apariencia que parecería mostrar su obra de vivir completamente al margen de todas las vanguardias de nuestro siglo, desde Picasso. Parecería que ella no ha vivido el mundo de Picasso. Y no. Lo ha vivido y aun lo ha valorado y degustado. Pero ella, como algunos revolucionarios que yo conozco —como dijo alguna vez el propio Picasso, aun cuando no para que

se lo aplicaran a sí mismo—, es como si dijera: "Hace falta más valor para no ser un revolucionario".

¡Y qué! ¿Es que no se podría ser un revolucionario de la pintura, pintando como lo haría Vermeer, que es como lo haría María Elena, en su extremo, si queréis, más absurdo? Se podría, pero la condición de revolucionario ya no estaría dada por la manera de pintar, sino por la manera de entender la realidad, que es lo que, en definitiva, importa. María Elena Gago tiene conciencia, como todos los verdaderos pintores, de dónde está la realidad. Recuerdo que una vez, estando yo con Picasso, me atreví a formular una idea respecto a cierto cuadro suyo. "Maestro, pero eso me recuerda a Velázquez...". "Velázquez —respondió Picasso—, ¡Velázquez!, pero ése sí que es 'el maestro'". Me permito recordar eso ahora, a propósito de Picasso, que también era "el maestro" de verdad, porque pienso que María Elena Gago, cuando pretende situarse en el mundo de los "pequeños holandeses" —¡sí, sí, pequeños!, ella lo hace diciendo potencialmente lo mismo que decía Picasso..., siempre salvando las distancias, de Picasso a María Elena y a Velázquez, y de María Elena a todos los demás. En pintura, afortunadamente, nadie se parece a nadie.

Sea lo que sea, el mundo de Elena Gago no, no me recuerda ni a Picasso —que de ése, ella se ha situado deliberadamente al margen—, ni a Velázquez, ni a los maestros holandeses, grandes o pequeños. Me recuerda al mundo de Proust. Y la verdad es que yo no pienso que María Elena haya pensado en Proust al realizar su mundo. Lo que pienso es que el mundo proustiano, tal y como ella lo realiza, es, en su íntima esencia, profundamente actual...

Yo no sé... Yo nunca uso la denominación, hoy tan de moda, de "ultrarrealista", porque, como ya he dicho muchas veces, el realismo me parece a mí que tiene que ir por otros derroteros. Pero si la palabra "ultrarrealismo" o "hiperrealismo" se sigue usando con ese sentido, es evidente que María Elena tiene derecho a ella. O, al menos, hay que crear una conceptualización de esa palabra para que en ella quepa Elena Gago, la gentil coruñesa. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

Pintura de Elena Gago.

